

Juan Gabriel Vásquez, *Los amantes de Todos los Santos* Bogotá: Alfaguara, 2008. 215 pp.

Héctor Fernández L'Hoeste / Georgia State University

En los últimos años, Juan Gabriel Vásquez ha cosechado un buen número de críticas a su favor gracias a sus dos primeras novelas: *Los informantes* (2004) e *Historia secreta de Costaguana* (2007). Dado el hermetismo de estos títulos, a partir del cual nacieron sospechas acerca del contenido de ambas obras, entendemos que estamos en manos de un prestidigitador, de uno de aquellos escritores a los que jamás les interesa revelar su baraja completa. De hecho, ambos textos se remiten, de manera un tanto tangencial, a relatos velados de la colombianidad. En el caso de *Los informantes*, se narra un episodio siniestro de la historia nacional, al remontarse al confinamiento de ciudadanos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. La novela ha sido traducida al inglés con éxito y recibido buena crítica de parte del *New York Times*. En *Historia secreta*, Vásquez coquetea con Conrad y hace un recuento sesgado del desmembramiento nacional a consecuencia de la independencia panameña, otro acontecimiento de escaso cubrimiento en la reminiscencia nacional. El mundo de Vásquez nace del trauma de la desmemoria. De allí que podamos concluir que, haciéndole honor a su vocación de confabulador, una latente debilidad de Juan Gabriel Vásquez sea su propensión a desenterrar o delatar verdades ocultas, propias o ajenas. En el caso de este volumen de cuentos, producto de un año de estadía en las Ardenas belgas antes de mudarse de manera definitiva a Barcelona, se incluye siete textos breves —“El regreso”, “Los amantes de Todos los Santos”, “El inquilino”, “En el café de la République”, “La soledad del mago”, “Lugares para esconderse” y “La vida en la isla de Grimsey”— que confirman esta faceta del autor, pese a la singularidad del contexto. Ni los personajes ni las tramas tienen que ver, de manera directa, con Colombia. Con esta atenuante a cuestas, el reto de hallarle un significado tangible a la propuesta literaria se torna aún más desafiante.

Por este sencillo motivo, a primera vista, el volumen desconcierta un poco. El lector primerizo, deseoso de un acercamiento latinoamericano, hallará poco de Colombia en estas líneas. Se encontrará, en cambio, con una prosa dedicada a cubrir momentos particulares en la vida de europeos campesinos, ajenos al devenir de las metrópolis contiguas, tan frecuentadas por las letras hispanoamericanas. Lo reitero: en un principio, este disímil contexto dejará un poco extrañados a los lectores, no tanto por la distancia del espacio, sino por la minuciosidad del detalle. Estos son relatos que, en primera instancia, bien pudieran haber sido escritos por un belga. El afán por diagramar un retrato de vivencias en las Ardenas, la cadena de montañas ubicada en la parte francesa y menos pudiente de Bélgica, parecerá, viniendo de un joven escritor latinoamericano, un tanto fuera de lo común. Por otro lado, hay indicios de familiaridad. Vásquez no es el primer hispanoamericano en retratar al europeo con tal determinación. Hasta cierto punto, estos textos de Vásquez nos recuerdan al Cortázar joven —de hecho, hay unos cuantos guiños a este respecto; el protagonista de uno de los cuentos se

llama Oliveira—, dedicado a narrar ficciones evocativas de sus vivencias en un marco francoparlante, luego de haber abandonado la Argentina peronista en 1951. Vásquez escribe a conciencia; sabe que pisa terreno común.

No obstante, luego de mirar con atención, se distingue con nitidez que las verdaderas coincidencias son escasas. Lo de Vásquez no es el acertijo artificioso o el interés por explorar nuevas formas de narrar. Su inclinación se remite, más bien, al deseo de entender, de escudriñar, las vidas de estos seres entristecidos, asediados por el desamor, la soledad y la culpa, a un afán por entender a estos europeos inescrutables que, pese a sus roces con la modernidad cercana, viven ceñidos a una cadencia ancestral, evidenciada en rutinas de estación (la caza, la pesca, etc.) y la afirmación de una forma de vida inmutable, fruto de una relación estrecha con la tierra. (En este sentido, Vásquez hace las veces de observador acucioso.) Por eso Madame Michaud, la protagonista del primer relato, “El regreso”, queda perpleja al constatar que las cosas han cambiado, luego de regresar a casa tras haber cumplido una larga condena por haber envenenado al prometido de su hermana Sara, quien planeaba alterar el orden de la propiedad familiar. Después de tanto tiempo tras las rejas, la casa en la que Madame nació y creció, y sus tres hectáreas circundantes, han sido transformadas, de manera que ya no queda lugar para ella en el mundo, por lo menos tal y como la pobre alcanzaba a imaginárselo. Por eso dos de estos cuentos son relatos que culminan con suicidios: el uno en medio de una jornada de caza; el otro luego de una vacía noche de amor. Y los restantes tratan de amores frustrados, de rupturas inminentes tras noches en vela, de encuentros recelosos entre amantes ocasionales. Porque, ante la conciencia de una desaprovechada posibilidad de vida, no queda otra alternativa sino el martirio, amén de la resignación. Este espíritu estoico y un tanto insufrible merece ser retratado, a juicio de Vásquez, porque en su interior se albergan claves para el posterior entendimiento del carácter de pueblos foráneos, de manera que logremos entender cómo han hechos ellos para lidiar, tras una fachada apacible, con un pasado tan repleto de violencia. Al fin y al cabo, las Ardenas han pasado a la historia como sede de uno de los más duros episodios de la Segunda Guerra, a partir del cual las fuerzas del Eje jamás pudieron recuperar la iniciativa. Y este pasado cruento, en el que otros se disputan la suerte de lo propio, marca el carácter de los habitantes de esta región, quienes todavía rememoran el impacto del conflicto sobre sus vidas. De allí que sus acciones vengan acompañadas por un sello de tozudez. Porque, según estos cuentos, “En las Ardenas nunca pasa nada; pero todo hombre es impredecible, y cualquiera puede ser un violador o un asesino” (37).

Bajo estas líneas, sin embargo, hay una gran novedad. Tal vez Vásquez no aborde una temática muy propinqua, pero no queda duda alguna acerca de su esfuerzo por concebir y explorar estos personajes. En Vásquez, se hace latente una mirada. A

diferencia de otros autores latinoamericanos, quienes se centran en el Viejo Mundo con el secreto anhelo de emular y recibir una tácita aprobación, a Vásquez no le interesa pasar por europeo. Puede que se le cuelen unas cuantas voces peninsulares por doquier, pero éstos son apenas deslices del quehacer literario en latitudes distantes. A cambio, se empeña en retratar con el mayor cuidado factible, de manera escueta y mesurada, las experiencias de los moradores de las Ardenas. Encuentra fascinantes a sus pobladores, habituados a una vida plena de soledad, regida por ritmos estacionales y rodeada de una naturaleza a veces inhóspita. Para él, son, antes que nada, sugerentes encarnaciones de alteridad, de manera que, partiendo de este ejercicio de observación, se cierna la posibilidad de confirmación de una subjetividad. Por ello, se esfuerza por entenderlos. En el proceso de descifrarlos, se reconoce a sí mismo. Y, a lo largo de este intercambio, Vásquez madura su colombianidad. Entre más explora a otros, a medida que despeja incógnitas en torno a su comportamiento y motivación, revela más y más acerca de qué le separa de ellos.

Aparte de esto, el relevo generacional es patente. Macondo ha quedado por el camino. Y los ecos de Yoknapatawpha ni se escuchan. En estas letras hay mucho de Roth, y quizás un poco de Pynchon o DeLillo. La gran diferencia es que, para efectos

de esclarecimiento, se hace cuenta de objetos de estudio muy lejanos. Si bien la influencia de autores norteamericanos es tangible en la prosa de estos relatos, con su afán de disección, de radiografiar una forma de vida ajena, éstos poco tienen que ver con las sensibilidades de antaño. Vásquez complejiza el entorno afectivo de sus personajes porque ubica en ellos secuelas de un pasado adusto, en el que la gente se conformaba con menos.

Entre todos los cuentos de este volumen, el que más me maravilló fue una pequeña joya llamada “Lugares para esconderse”, publicada previamente en una antología titulada *Cuentos caníbales* (2002). La acción de la historia es mínima. Habla de la relación entre el narrador y una mujer, la hija de su casero, y de cómo ella racionaliza los desaciertos de su esposo, incluyendo el adulterio. Buena parte de la trama acontece en otros lados, y le pasa a otros. El narrador, sin embargo, logra transmitirnos la sensación concreta de quien ha revelado una verdad oculta acerca de la idiosincrasia de un pueblo. Al parecer, a Vásquez le entretiene la noción de un juego. Me retrato: lo de Vásquez sí es un acertijo juguetón, sólo que en otra clave, con un tono más sobrio e introspectivo. Su prosa, tanto la de sus novelas como la de esta compilación de cuentos, mantiene un rasgo en común: el hecho de que la literatura es, ante todo, materia de revelación de verdades clandestinas.